



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

DON ANTONIO CÁNOVAS VISTO POR DON JUAN VALERA

José Peña González

*Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y de la Administración
Universidad San Pablo-CEU*

Ante estos dos españoles egregios resulta inevitable el «Don», hoy tan en desuso. Ambos coinciden en muchas cosas y discrepan en no pocas, aunque tanto las coincidencias como las discrepancias las supieron mantener en un tono de caballeros verdaderamente admirable.

Ambos eran andaluces. Cordobés, nacido en Cabra, el autor de Pepita Jiménez por sólo citar su obra más conocida. Malagueño el que llegaría a ser considerado como el «Monstruo» por amigos y enemigos políticos. Valera entre ellos no duda en su abultada correspondencia en designar con este apelativo al líder conservador¹.

Ambos son por lo tanto coterráneos y casi coetáneos. Valera ha nacido el año 1824 y Cánovas cuatro años más tarde, el 1828. Ambos mueren en

¹ Hay que señalar que Valera también llama de este modo a su gran amigo y protegido Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Pero en este caso el calificativo hace referencia exclusivamente a sus oceánicos conocimientos, mientras en el caso de Cánovas deja traslucir a veces connotaciones negativas. A lo largo de su correspondencia hay múltiples pruebas de ello. Valga como muestra la carta que dirige desde Viena a Don Manuel Tamayo y Baus, con fecha 12 de octubre de 1893. En ella, después de pedirle que salude a los compañeros de la Academia, le dice: «A Marcelino, que es un monstruo de ingratitud y de gordura, así como de erudición y de ingenio. Que él y el otro monstruo, o sea Cánovas, decidan al cabo que digo al judío que desea vender los manuscritos de los Khevenhüller, que fueron embajadores de Austria en España». Vide Cyrus C. de Coster: *Correspondencia de Don Juan Valera. 1859-1905*. Ed. Castalia. Madrid, 1956. pág. 206.

fechas muy próximas. El primero en 1905. Cánovas el 1897. Los motivos de la muerte sin embargo son distintos. Frente a la enfermedad de un casi ciego escritor, el asesinato de un gran político medio miope. Valera cursaría estudios en Málaga en 1833, antes de pasar al Sacromonte de Granada en 1841. Ambos escriben desde muy jóvenes y ambos tienen un cordón umbilical común. Se trata de Don Serafín Estébanez Calderón. Para Cánovas es el pariente bien situado en Madrid, al que acudirá tras la muerte del padre en 1843, tenga que buscarse empleo en la Villa y Corte que le permita salir adelante. El Solitario, seudónimo con el que era conocido, atendiendo los deseos de su prima, coloca a su hijo en la compañía de ferrocarriles el año 1845, fecha de la arribada de Cánovas a la capital del Reino². Para Valera será el brillante auditor que acompaña a las tropas españolas que, al mando del General Córdoba han acudido a Italia en defensa del Papa el año 1849, y que entrará en contacto con un joven *attache ad honorem* que presta sus servicios en la legación española en Nápoles a las órdenes del Duque de Rivas³. A partir de aquí se establecerá una gran amistad entre el pariente de Cánovas y el incipiente escritor cordobés. Valera deja constancia de ello en términos que no dejan lugar a dudas⁴.

Otro punto de coincidencia familiar se daría años más tarde, cuando el político malagueño, viudo de su primera esposa Doña Concepción

² Se coloca en las oficinas del ferrocarril Madrid-Aranjuez, entonces en construcción, con un sueldo de ocho mil reales. lo que le permite iniciar sus estudios de Derecho, licenciándose el año 1851.

³ Carmen Bravo-Villasante lo define como «hombre culto, refinado, gracioso, docto en la lengua árabe y en numismática, bibliófilo empedernido y escritor castizo, (que) al punto simpatiza con el joven agregado y se erige en su maestro literario». Vide *Vida de don Juan Valera*. Madrid, 1974, pág. 50.

⁴ Serafín Estébanez Calderón, llamado El Solitario era hombre de gran cultura, a quien Valera no duda en reconocer como su maestro. Afirma que «quien me bautizó en literatura, sumergiéndome hasta la coronilla en el agua del Tajo y del Guadalquivir... fue el famoso don Serafín Estébanez Calderón, cuyo ingenio, cuyo saber y cuya manera de sentir y expresar lo que siente, son dechado, mapa y cifra de españolismo... lo tengo por mi maestro en esto de escribir con estilo castizo, elegante y desenfadado».

Espinosa de los Monteros, contraiga segundas nupcias con Doña Joaquina de Osma y de Zavala, hija de los marqueses de la Puente y de Sotomayor, cuya hermana Anita era a su vez la esposa de don Emilio Alcalá-Galiano, conde de la Casa Valencia y primo de Valera. A ambos contestaría don Juan en sus respectivos discursos de ingreso en la Real Academia de la Lengua⁵.

Por lo tanto estamos ante el caso de dos biografías con muchos puntos de contacto. Pertenecen a la misma generación, son casi coterráneos, participan de las mismas ambiciones en política –mucho más cumplidas en el caso de Cánovas, pero no por ello menos importantes en el caso de Valera,– cultivan el ensayo histórico y la creación literaria, miembros de varias reales academias, son hombres de mundo y ambos brillaron con luz propia en la segunda mitad del siglo xx español. Ambos son grafómanos empedernidos y en el caso de Valera dejó en su amplísima correspondencia pinceladas geniales para definir a sus amigos y a sus adversarios. En el caso de Cánovas del Castillo se cumplían en su persona ambas condiciones. Militaban políticamente en bandos distintos y, sin embargo, compartían una amistad que pasó por distintos momentos a lo largo de su existencia. Hoy resulta muy interesante conocer la opinión del escritor egabrense sobre el político malagueño y a dicho propósito responden estas páginas.

⁵ A Cánovas el 3 de noviembre de 1867 con un discurso titulado *La libertad en el arte*. Al conde de Casa Valencia en 30 de marzo de 1879 con el título de *Elogio de santa Teresa*. En el caso de Cánovas su apatía para cumplir este requisito es grande. En carta a Don Pero Antonio de Alarcón, fechada en Madrid el 28 de octubre de 1867, confiesa que la desidia le domina y añade: «... ahora, con todo, he tenido que hacer un esfuerzo extraordinario para cumplir la promesa de contestar a Cánovas, que va a entrar en la Academia Española. He escrito un discursito muy corto y muy tonto, pero le he escrito de prisa: en tres días. Si Rivadeneyra puede imprimir el de Cánovas y el mío en esta semana, la ceremonia de la recepción será el próximo domingo. Mucho lo deseo. Mi intento es salir pronto de esto e irme en seguida a París. Para lo que hago en Madrid, mejor es estar en París». Vide Coster, *op. cit.*, pág. 39.

Lo primero que llama la atención es el desdoblamiento que se da en Valera en este tema. Es distinto cuando escribe en la prensa o en actos académicos sobre la figura de Cánovas, que cuando deja caer su opinión en la nutrida correspondencia que mantiene con parientes, amigos y conocidos⁶. Los escritos académicos y periodísticos son más oficiales y menos reales. A veces se les nota falta de sinceridad, sobre todo si se leen conjuntamente con cartas de la misma fecha. A su vez en la correspondencia se nota más desenvoltura y franqueza cuando se dirige a personas de su confianza que cuando se trata de simples conocidos o compromisos de carácter social⁷.

Por lo que a la correspondencia se refiere, Valera cuando tiene confianza con su interlocutor traza un retrato de Cánovas poco favorable. Abundan los sentimientos despectivos. En el epistolario inédito que ha publicado la profesora Galera Sánchez hay múltiples pruebas de ello⁸. Veamos algunos ejemplos. El día 20 de julio de 1860, ante la petición de una recomendación que le ha sido formulada, escribe que «el único recurso que me queda es Cánovas del Castillo, y a él acudiré, aunque

⁶ Valera es seguramente el autor español que más uso ha hecho del estilo epistolar. Son miles las cartas que escribió tocando todos los temas divinos y humanos y en ocasiones con un atrevimiento que llegó a costarle caro. Recuérdese sus famosas cartas desde Rusia cuando estaba a las órdenes del Duque de Osuna. En una de sus últimas biografías, la profesora Matilde Galera ha destacado que Valera hacía hasta las campañas electorales por correspondencia. Vide *Juan Valera, político*. Córdoba, 1983. pág. 64.

⁷ Por ejemplo, en carta a su hermana Sofía Valera, duquesa de Malakoff, fechada en Washington el 6 de abril de 1885, le cuenta que en el pleito de nulidad matrimonial que sigue su sobrina, la hija de Sofía, Luisa Pelissier y Valera en Roma, contra su marido el conde Zamoyski, reconoce que no le ha escrito a Cánovas, para que interceda a su favor porque «Cánovas es soberbio y presumido», y prefiere acudir a Don Francisco de Cárdenas, embajador de España ante el Vaticano. Vide *Sáez de Tejada* en «Juan Valera. Cartas Íntimas 1853-1897» Taurus, Madrid, 1974. Pág. 260.

⁸ Recoge cuatrocientas veinticinco cartas dirigidas por Valera a don Francisco Moreno Ruiz, natural de Doña Mencía y vecino de Cabra en cuyo Colegio de Humanidades cursó estudios. Pertenecía a una acaudalada familia y en más de una ocasión ayudó económicamente a don Juan. El epistolario abarca de 1858 a 1904.

siento no pequeña repugnancia»⁹. Más adelante y con fecha 31 de julio del mismo año afirma con toda claridad «Yo de Cánovas no me fío»¹⁰.

A veces da la impresión que ambos se miden mucho los terrenos. Son conscientes de no caerse mutuamente simpáticos, pero nobleza obliga y hay que guardar las apariencias. El 11 de agosto de 1880, comentando la situación política, dice: «Me parece que a Cánovas no le echa nadie y que tenemos aún Cánovas para rato»¹¹.

Se da el caso curioso de que todos los cargos políticos que ocupa Valera, lo que con su peculiar gracejo llama «turriones», se los debe a los adversarios políticos de Cánovas. De tal manera que por la «negra honrilla», siempre que el político malagueño llegaba al poder, Valera presentaba la dimisión quedando en expectativa de destino a la espera de que subieran de nuevo al poder sus correligionarios. Don Juan es «unionista» y más tarde «constitucionalista», y en muchas ocasiones se confiesa en privado como «hombre de la Revolución», pero en ningún momento se «veía decorosamente alfonsino»¹² que era tanto como decir canovista. De ahí que por decencia política presente en enero de 1875 su dimisión como Consejero de Estado. Sin embargo, y en honor de Cánovas, hay que decir que don Antonio pide a Valera, a través de la marquesa de Casa Loríng, que retire su dimisión, añadiendo que tiene ganas de contar con él en política y animándole a que se presente a las elecciones¹³. Valera en estos momentos milita en el

⁹ *Ibidem*, pág. 523.

¹⁰ *Ibidem* pág. 524.

¹¹ *Ibidem*, pág. 595.

¹² El término en Cyrus C. Coster: *Obras desconocidas de Valera*, pág. 479.

¹³ Hay pruebas contundentes de ello en la carta que dirige desde Madrid con fecha 20 de junio de 1875, a don José Cabello López, amigo suyo y natural de La Rambla, provincia de Córdoba. Dieciséis cartas inéditas de este epistolario han sido publicadas en el Boletín de Estudios Giennenses por doña Carmen Juan y Lovera en el nº 83 de esta publicación. Enero-marzo de 1975. Se tratan aspectos fundamentales para conocer la actitud de Valera ante la Restauración Canovista.

En las Cortes de 1878 Valera es senador por la Universidad de Salamanca, gracias a Cánovas que ha impuesto su criterio al Claustro salmantino. Parte de este Claustro pro-

partido que lidera el duque de La Torre¹⁴. Está fuera de toda duda «la aversión al partido de Cánovas y a la Restauración (que) es bien patente en Valera»¹⁵.

En ocasiones Valera reconoce la grandeza política de Cánovas. En carta fechada en Washington el 8 de febrero de 1884 y dirigida al barón de *Greindl* (diplomático belga destinado en Lisboa y que había sido el mejor amigo que tuvo allí Valera) le dice: «La venida al poder de Cánovas no me disgusta. Mis amigos, los liberales, lo han hecho muy mal y merecen la caída. De Cánovas, espero, no ya que me aguante aquí, sino

restó lo que consideraba una cacicada e impugnó la elección, aunque no prosperó el recurso. Con anterioridad lo «sacan» diputado por Puerto Rico y Senador por Málaga en las Cortes de 1876, renunciando al escaño del Congreso y optando por la plaza en el Senado. Cánovas estaba muy interesado en que aparecieran intelectuales destacados y personas con militancia política anterior distinta a la suya. Quería reflejar un clima de tolerancia controlado y contar con las mejores cabezas del país a las que estaba dispuesto a admitir ciertas discrepancias que venían a reforzar la imagen del liberalismo de su sistema. Valera podía permitirse el lujo de practicar una «oposición suave y templada» como gustaba autocalificarse, que no le cerraba el paso a mantener una amistad personal con Cánovas y de camino aspirar a algún «turrón» político. Así hay que interpretar el ataque de Valera a Cánovas en el Senado a propósito de la teoría de la Constitución Interna que no era de recibo para el escritor cordobés. Esta intervención, justo con otras, aparecen recogidas en el Tomo L de las *Obras completas de Valera*, editadas por su hija Carmen en Madrid el año 1929.

¹⁴ Además del general Serrano, Valera tuvo como «jefe político» al marqués de la Vega de Armijo. Como es sabido, Cánovas no reconoció jefatura alguna, a pesar de que antes de llegar a ser el líder indiscutido del conservadurismo español, ocupó cargos de relieve en la vida política. Fue gobernador de Cádiz, director general de Administración Local, subsecretario de Gobernación y más tarde Ministro del ramo de 1864, para pasar al Ministerio de Ultramar en 1865. Habría que añadir un destino diplomático, al que accede después del Manifiesto de Manzanares, ocupando el cargo de Agente de Preces del Gobierno Español ante la Santa Sede. Naturalmente será también diputado del Congreso desde 1854 en que obtiene su primera acta al igual que Sagasta. Valera por el distrito de Archidona en 1858. Con la Restauración Cánovas sería el factotum de la vida política española hasta el momento de su asesinato en 1897.

¹⁵ Galera Sánchez, *op. cit.*, pág. 85.

que me mime. Si ocurre lo contrario, ya le he dado a entender que se insinue, para que yo haga dimisión. No temo que llegue el caso de hacerla»¹⁶.

Desde la embajada en los Estados Unidos escribe una carta a su esposa Dolores Delavat, con fecha de 13 de enero de 1886, y en ella le comunica que Segismundo Moret, ministro de Estado en un gabinete *Sagasta* le va a cesar: «Veó con evidencia que van a quitarme este turrón», para añadir más adelante: «si me lo quitan quedo desprendido del *sagastinismo*, y puedo ser lo que se me antoje mejor. Cánovas y los suyos me quieren, estiman y consideran más que los míos»¹⁷. En la misma carta hace un retrato terrible de Moret: «...extraña combinación de niño listo que sabe muchas cosas de memoria, de elocuente sentimental, de relumbrón y de mal gusto, y de encubridor con dicha sensiblería de su cortísima y ninguna moralidad en cosas de dinero. No extraño, pues, que Moret me quite. ¿A qué pillo querrá enviar ahora por acá?»¹⁸. La opinión sobre Moret en lo que afecta a su deslumbrante inteligencia, recuerda en parte la opinión que manifiesta en alguna ocasión sobre la prodigiosa memoria de Cánovas al que más de una vez llama despectivamente «Antoñito tragaleyes»¹⁹.

¹⁶ Vide: *Correspondencia de don Juan Valera, 1859-1905*, ed. de Cyrus C. de Coster. Ed. Castalia. Madrid, 1956, pág. 86. Por cierto Coster —el gran estudioso de Valera— se pregunta en esta misma obra dónde está la correspondencia de Valera con Cánovas, que juzga de vital importancia para conocer algunos entresijos de la Restauración.

¹⁷ *Op. cit.*, págs. 129-130.

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 130.

¹⁹ La expresión aparece recogida por Carlos Sáez de Tejada Benbenuti en su edición de *Juan Valera, cartas íntimas. 1853-1897*, Taurus, Madrid, 1974. Nota nº 28. pág. 99. Estas cartas son las que en su día usó don Manuel Azaña para escribir su famosa y perdida hasta ahora biografía de Valera, y le fueron entregadas por su hija Carmen, casada con don Francisco Serrat. Basándose en ellas publicó la mencionada biografía que fue Premio Nacional de Literatura en 1926 ex aequo con don Pedro Sainz Rodríguez.

En carta a su esposa fechada en Madrid el 21 de julio de 1888, después de unos comentarios muy negativos sobre Cristino Martos²⁰, le habla del prólogo que ha puesto a sus novelas Cánovas del Castillo y que ha sido reproducido por *La Época*.

La crítica a la política de la Restauración, que Maura consideraba «una gran simulación» y Ortega una enorme fantasmagoría, la hace en carta que dirige a su pariente José Alcalá-Galiano, desde Madrid con fecha 21 de diciembre de 1887. «Me pides que te dé mis impresiones sobre la patria». Después de hacer una durísima crítica sobre el Senado, añade: «Me falta paciencia para enterarme de los pormenores y no atino a tomar por lo serio ni a Sagasta ni a Cánovas, ni a los partidos que capitanean, ni mucho menos llevo a percibir la diferencia de doctrinas y de principios que hay entre estos partidos, dado que tengan algunos principios y doctrinas y que no sea filfa todo»²¹.

La política exterior de Cánovas es objeto de un agrio comentario en carta que dirige a su esposa desde Madrid el 17 de agosto de 1895. Afirma que: «La flor de la juventud se va a Cuba a morir del vómito, o de las tercianas, o de diarreas, cuando no de las balas enemigas... Sostener la guerra dicen que nos cuesta ochenta mil duros diarios, o sean, ciento veinte millones de pesetas al año. El país se empobrece de hombres y dinero; la miseria cunde; y el heroe de Sagunto no se luce sino cuando hace alguna catetada, sin que se vean sus planes y sin que probablemente ni los tenga ni él los sepa»²².

El asesinato de Cánovas el día 8 de agosto de 1897, sorprende a Valera cuando está redactando el artículo V de sus *Notas diplomáticas*, que llevan fecha de 10 de agosto de 1897 y que en su primera parte dedica a un análisis de la política exterior de España, para terminar escribiendo sobre el magnicidio de Santa Águeda²³. En este artículo afirma: «Yo,

²⁰ Le llama «Reina-madre-macho que celebra unas tertulias en su casa presididas por la ordinarietz». *Op. cit.*, pág. 155.

²¹ Coster. *Op. cit.*, págs. 152-153.

²² Coster. *Op. cit.*, pág. 224.

²³ Vide OO.CC. Ed. Aguilar, Madrid, 1958, Tomo III, págs. 867-873.

que me honré y me complací siempre son ser su particular amigo» y escribe que: «La única infame satisfacción que puede traer a los anarquistas la muerte de Cánovas es la de ver que lo mejor de España, sin distinción de partidos, viste por ella de luto, y que la han deplorado los gobiernos y los escritores de las naciones civilizadas del mundo, rindiendo al eminente estadista espontáneo tributo de altas y merecidas alabanzas»²⁴.

El 25 de agosto de 1897 desde Zarauz escribe para el periódico *El Liberal*, a petición de su director don Miguel Moya, unas *Opiniones acerca de Cánovas* que aparecen publicadas en dicho periódico el día 5 de septiembre de 1897. Después de afirmar que estaba separado de él en política dice que «no olvidaré nunca la buena correspondencia y los favores que le debo literariamente y como particular amigo. Hace ya medio siglo que le conozco. Empecé a verle y a tratarle en casa de su tío don Serafín Estébanez Calderón, a quien yo admiraba mucho y me complacía en llamar mi maestro. Cánovas y el piadoso y erudito don Francisco Javier Simonet, muerto poco ha en Madrid, eran considerados por mí como condiscípulos».

A continuación se refiere a un hecho sorprendente por lo premonitorio. Escribe: «Es singular: dónde y cuándo yo viví más constante y amistosamente con Cánovas fue en los mismos baños de Santa Águeda, en 1868, poco antes de estallar la Revolución que arrojó de España a los Borbones. Allí fuimos rivales de una rivalidad muy inocente. Cánovas capitaneaba una compañía para hacer charadas en acción, y yo capitaneaba otra. Las dos primeras damas de nuestras compañías eran Anita Becerra y mi hermana la marquesa de Caicedo. Y no faltaron ocasiones en que, al representar aquellos dramas fingidos, alguien tuviese que matar a Cánovas. ¿Quién había de pronosticar entonces, entre las personas que allí asistíamos, y cuyos retratos conservo en fotografía, for-

²⁴ *Op. cit.*, pág. 872.

mando grupo, que Cánovas, veintinueve años después, había de morir de tan desastrada aunque gloriosa muerte?»²⁵

El tono varía cuando se trata de su correspondencia privada. En carta a don Antonio de Zayas y Beaumont, duque de Amalfi, fechada en Zarauz el 18 de agosto de 1897, le cuenta que ha asistido al entierro de Cánovas «particular amigo mío desde 1847, desde hace medio siglo. Mucho he sentido su trágica muerte, por más que con ella ha terminado su vida con mayor estruendo y gloria que la que hubiese alcanzado muriéndose de viejo y muy tranquilamente en su cama. De todos modos, él merecía grandes elogios y bien puede afirmarse que era el hombre político de más saber, inteligencia y brio que en España teníamos». Más adelante añade: «Yo no me he atrevido nunca a censurarle por su docilidad con los Estados Unidos. Casi aplaudo su paciencia y su prudencia. Cuando no podemos vencer a unos cuantos mulatos y negros cimarrones, después de haber enviado a Cuba más de doscientos mil soldados, parece locura ser arrogantes y poco sufridos contra gente tan rica, poderosa y denodada como los yankees»²⁶. Leyendo toda su correspondencia es evidente que el señor Valera no dice toda la verdad. La obra de Cánovas en política exterior mereció más de un amargo comentario, así como otros aspectos personales del político malagueño. Pero Valera juega a nadar y guardar la ropa y lógicamente se muestra prudente en sus comentarios sobre el Presidente del Gobierno que sólo hace diez días ha sido asesinado. Además el propio concepto elegante de la vida que tiene el escritor cordobés y su sentido de la tolerancia, justifican que sólo ante los más íntimos abra su corazón y exponga confiadamente sus puntos de vista²⁷.

²⁵ OO.CC. Tomo III, pág. 917.

²⁶ Cyrus Coster, *op. cit.*, págs. 248-249.

²⁷ Sorprende que en la correspondencia que mantiene con Menéndez Pelayo, con quien le une una gran amistad correspondida con gran devoción y respeto por parte del polígrafo santanderino, apenas hace mención al asesinato de Cánovas. Hay una carta fechada en Zarauz el 31 de agosto de 1897 en la que le comunica que la muerte de Cánovas le sorprendió en Madrid y que asistió «al entierro de aquel ilustre personaje, a quien,

Éste sería el caso de la carta que con fecha 12 de agosto de 1897 ha remitido desde Madrid a su hija Carmen. Dice que: «Yo también he escrito mi articulejo encomiástico del difunto. El articulejo aparecerá el domingo en el *Mundo Naval*. Creo que está sentido y que no escatimo las alabanzas, pero todo debe parecer frío a las gentes de mal gusto, entusiasmados con la pomposidad de *La Época* y de otros periódicos...». Más tarde enjuicia la labor de Gobierno de Cánovas y dice: «No faltará quien gobierne a España sobre poco más o menos tan mal como la gobernaba el Monstruo. Posible es que sobrevengan tiempos peores, sino tal vez porque mangoneó demasiado y porque cuando estaba vivo contribuyó a preparar las cosas para que se hundiesen». La opinión no puede ser más cáustica ni el juicio más duro. Dice a su hija que ha pasado por la Huerta para dejar tarjeta y firmar en los libros de pésame²⁸.

El comentario que hace sobre la viuda y el entierro en sí es bastante duro. «Mucho recelo que la serie de tonterías y de exageraciones de dolor de admiración hacia el Monstruo, acaben por convertir la tragedia en un sainete. Lo que es a mí me hace reír lo afectado y lo falso, aunque sea en un entierro. Y éste es el caso de ahora. Joaquina, aprovechándose de la muerte de su marido, se ha empeñado en lucirse y en hacerse archimemorable y digna de la historia». A continuación añade que va a eclipsar a todas las viudas inconsolables que han existido por los siglos de los siglos y afirma: «... cuando no a su dolor, la buena seño-

a pesar de algunas quejillas que contra él podía tener, estimaba yo y aun le estaba agradecido». Más adelante añade que «muerto Cánovas, la jefatura del Partido Conservador pertenece en mi sentir a Alejandro Pidal, con sumisión de Silveira y con exclusión de Romero Robledo... Vide: *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. 1877-1905*. Con una introducción de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáiz Rodríguez, Espasa Calpe, Madrid, 1946. pág. 532-533.

²⁸ La Huerta era la residencia particular de Cánovas, situada en lo que hoy es la Embajada de los Estados Unidos, entonces casi el final del Paseo de la Castellana. En la Huerta se celebraban tertulias y veladas literarias y académicas a las que solían concurrir los nombres más señeros de la vida cultural y social de España, Valera entre ellos.

ra ha dado rienda suelta a su vanidad y a su soberbia, y está haciendo millares de tonterías»²⁹.

El 18 de diciembre de 1904, Valera lee su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El tema y título del discurso es un *Elogio de don Antonio Cánovas del Castillo*³⁰. Es un elogio del político malagueño, en gran parte justificado por las circunstancias del momento. Llega a decir que «Su historia bien puede afirmarse que es toda la historia de nuestra nación durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que en las revoluciones, restauraciones y cambios que hubo durante tan largo período, hizo siempre don Antonio Cánovas del Castillo muy principal papel hasta el día de su trágica muerte».

Hace un recorrido por la polifacética vida de don Antonio, aunque ha prometido que sólo va a tratar del Cánovas político. Se detiene especialmente en la obra historiográfica de su antecesor, analizando especialmente sus ideas acerca de la decadencia española, principios que no comparte del todo³¹.

No participa del pesimismo de Cánovas ni de cierta desconfianza que percibe en el político. En este sentido escribe: «Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución

²⁹ Coster. *Op. cit.*, págs. 246-247. Esta misma carta ha sido incluida por Matilde Galera en: *Juan Valera. Cartas a sus hijos*, Córdoba, 1991. Aparece reseñada con el número 140 en las páginas 251-253.

³⁰ Se daba el caso curioso y muy raro en la vida académica española, que don Juan Valera había sido elegido académico de número de esta Real Corporación hacía muchos años. Pero dejó pasar el tiempo y no leyó el discurso de ingreso. Años más tarde volvió a ser designado, y precisamente para ocupar la vacante dejada por Cánovas. Poco antes de morir, Valera leyó su discurso de ingreso precisamente sobre la persona que venía a sustituir en esta Academia.

³¹ No hay que olvidar que Valera, amén de diplomático y novelista es también escritor. Fue como es sabido el continuador de la obra de Modesto Lafuente. Quizá por ello sorprenda más que a un tema tan importante en su época, que a Cánovas le proporcionó los mayores sinsabores de su vida política, como es el de la Guerra Cubana, sólo haga dos breves alusiones en sendos artículos periodísticos, recogido en *Notas diplomáticas* correspondientes a los días 12 de junio y 10 de julio de 1897.

social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo». Aquí está el quid de la cuestión. Valera que se considera a sí mismo «más liberal que Riego» cree en la democracia y en el sufragio. Cánovas del Castillo como buen doctrinario, sólo admite en todo caso el sufragio censitario³².

Para terminar de perfilar la opinión de Valera sobre Cánovas, recogemos lo que dice sobre el tenor de las relaciones entre ambos, la última biógrafa del escritor cordobés hasta la fecha: «Valera no juzgó nunca bien a Cánovas. La soberbia que quiso atenuar en su artículo-elogio, la sufrió en demasiadas ocasiones en su propia carne; recordemos, como botón de muestra, la dureza y la desconsideración con que Cánovas lo atacó en la defensa que Valera hizo de su acta de diputado por Archidona en las Cortes de febrero de 1864 y la humillación a que lo sometió en la entrevista previa de las elecciones para el primer Parlamento de la Restauración. El excesivo «mangoneo» del Monstruo también es denunciado por don Juan en nuestras cartas (se refiere a la correspondencia inédita con don Francisco Moreno Ruiz que ella ha publicado); su amistad fue protocolaria y hasta interesada por ambas partes, sin rozar nunca la cordialidad»³³.

³² Este discurso académico aparece recogido en el Tomo III de las OO.CC. editadas por Aguilar. Madrid, 1958. págs. 1.229-1.244. Cuando se escriben estas líneas ha aparecido un volumen editado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas que bajo el título de *Antonio Cánovas del Castillo*, reproduce este discurso, junto con el capítulo que Díez del Corral dedica a Cánovas en su obra *El liberalismo doctrinario* así como las intervenciones de Salustiano del Campo, Fernández de la Mora y Juan Velarde en la solemne sesión pública con que esta docta corporación honró al político malagueño y académico de número de la misma don Antonio Cánovas del Castillo.

³³ Galera Sánchez, Matilde en *Juan Valera, político*, Córdoba, 1983. pág. 373.